

Soportar, creer y exigir: tres verbos de la educaci3n social

Parece ser que el lugar de poder que se asigna a los profesionales de *lo social* permite decidir qu3 aprenden, c3mo aprenden y hasta d3nde aprenden las personas a las que debemos nuestra intervenci3n socioeducativa. Esta afirmaci3n no podr3a ser m3s err3nea, y, sin embargo, lleva algo de raz3n. La complejidad que esto supone hace que muchos profesionales caigan (caigamos) en la tentaci3n de decidir qu3, c3mo, cu3nto y hasta cu3ndo los chicos deben aprender.

Para entrar de lleno en esta breve contribuci3n, ofrecer3 una experiencia propia. Un d3a, en el aula de siempre, propuse una actividad a los chicos. Sin mucho que puntualizar, solo matizar3 que los chicos eran de origen marroqu3, que est3bamos ah3 para aprender espa3ol y que ya ten3amos un camino recorrido juntos. Al terminar de exponer la actividad, un voluntario, de buen coraz3n, me dice por lo bajo: “Esto es muy complicado para ellos”. Hac3a una clara cr3tica al trabajo que en ese momento se estaba proponiendo a los chicos. Quiz3 es que me gusta leer entre l3neas, deteni3ndome en los detalles de los gestos, o en la entonaci3n de la voz, quiz3 sea porque yo mismo soy extranjero en estas tierras, quiz3 sea solamente porque aquel d3a tuve un momento de lucidez. Sea cual sea la raz3n, esa frase dicha en ese contexto produjo dos efectos en mi persona, el primero fue el cuestionamiento que le hice desde el silencio de mi mirada, el segundo lleg3 m3s tarde, y es este texto.

La actividad sigui3 su curso como de costumbre, y he de decir que los chicos lograron completar lo propuesto, lo que no significa que fuera una tarea sencilla de realizar. Perm3tame el lector reflexionar y detenerme un poco en esto. Para entender con acierto lo que exige ser educador social, me gustar3a compartir tres verbos que articulan nuestra profesi3n. En primer momento se necesita comprender la vulnerabilidad de los colectivos con los que generalmente tratamos. Pero 3ste no es el verbo, cualquiera puede comprender con un poco de investigaci3n propia las historias de vida de muchas de las personas con las que colaboramos. Es m3s propio de la educaci3n social aprender a *soportar*, o dicho de otro modo a *ser soporte*. De ah3 que se aclare que no se piensa en *soportar* desde la falsa tolerancia que se utiliza en situaciones inc3modas que demandan un ejercicio de paciencia especial. Sugiero que se entienda desde el atleta que est3 exhausto por la carrera y aparece un compa3ero para asistirlo y brindarle apoyo por un tramo del camino. En otras palabras, el soporte que permite llevar algo (o alguien) de abajo arriba por un lapso de tiempo. Un *soportar* desde las relaciones de apoyo. Adem3s, podr3amos conjugar el verbo y pensar en *soportamos*, *soportan*, etc. Crear las conjugaciones del verbo *soportar* es parte del trabajo.

Pero la profesión del educador social no puede quedar varada a esto solamente, sería reducir su actuar y su razón de ser. Del nivel de dificultad que encierran las tareas que se proponen desde los ámbitos socioeducativos, es proporcional el nivel de creencia que se profesa en los chicos y en sus capacidades. Es decir, que no es lícito proclamar que creo en ellos, cuando lo que demando como su educador insinúa un supuesto “límite intelectual”. Por lo tanto, la actividad profesional del educador social está dibujada en un segundo momento por el verbo *creer*. Desde este creer en los demás es donde se orienta y toma rumbo la acción socioeducativa. La creencia en sus capacidades alimenta su propia interdependencia. Podríamos cuestionarnos a nosotros mismos y decir: ¿de qué va esto si yo no creo en ellos?

Esto es crítico porque de no creer en ellos, lo que resulta es una malformación de nuestra profesión. Se pasa de ser un agente de cambio a ser un agente opresor. Se podría decir que el educador social comienza a formar parte de aquellos que privan el derecho a la educación desde la misma trinchera que lee un estandarte en su defensa. Para prevenir esta penosa situación, y poder traducir este *creer* en los jóvenes, ofrezco un tercer verbo que encierra la intervención del educador: *exigir*. La exigencia profesional resalta y señala el respeto que se tiene por la otra persona. Después de *creer* en ellos, la consecuencia lógica es que se demande un trabajo de calidad, un ir más allá, con firmeza y ternura. Con profesionalismo y espontaneidad. Con la organización que supone una clase y la apertura al caos que descoloca lo planeado y ayuda a crecer juntos. Cuando se carece de esta exigencia, el desempeño profesional pierde valor, porque el educador mismo no se lo ha dado. La reivindicación de la profesión del educador social, tan anhelada en muchas plataformas, se defiende en la exigencia que éste ponga en su trabajo y en lo que espera de las personas a las que atiende.

De ahí que estos tres verbos: *soportar*, *creer* y *exigir*; logren esbozar la acción socioeducativa de forma más certera. Ellos permiten moverse profesionalmente y cuidan de no caer en falsos horizontalismos (Martínez, 2018), nocivos para los procesos educativos que demanda la profesión, ni mesianismos que resaltan una idea de las profesiones sociales como eje salvífico de la vida de otras personas (Zamanillo, 2019).

Regresando a la afirmación inicial de esta reflexión, sobre el binomio entre el poder del profesional y las capacidades de las personas que atiende, se puede concluir que el educador social tiene tanto poder para construir junto con los demás, como para limitar y oprimir las oportunidades de la gente que se ha confiado a su cuidado. La responsabilidad profesional entonces recae en el uso de ese poder. En suma, la invitación es a mirar, antes de cualquier intervención socioeducativa, la propia postura profesional ante las personas

con las que se trabaja. No sea que, por falta de profesionalismo, carencia de inter3s o la b3squeda afanosa de una reivindicaci3n profesional, en el intento de mejorar los procesos educativos, sea de los educadores sociales de los que digan: “esto es muy complicado para ellos”.

Emilio Alan3s Guti3rrez
Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle

Bibliograf3a

Mart3nez, A. (2018). Repensar la intervenci3n social con grupos: premisas y orientaciones para una pr3ctica transformadora. *Cuad. trab. soc.* 31 (2), 369-379. doi: <https://doi.org/10.5209/CUTS.55416>

Zamanillo, T. (2019). El trabajo social y el neoliberalismo. Aproximaciones a una definici3n abierta a la complejidad social. *Revista Trabajo Social unam*, 139-157. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/view/69821/61608>